

sesión rutinaria de grabaciones? ¿Cuántas versiones no habría ya para entonces de una pieza tan popular, cuántas no ha seguido habiendo? ¿El arreglista o el director de la banda, que quizá fueran el mismo personaje, tenía alguna idea que asociara esta pieza con México o acaso con España y por ello la dotación instrumental de esta versión incluyó unas castizas castañuelas que ninguna banda mexicana habría incluido ni entonces ni ahora? ¿Para los músicos de esta banda daba lo mismo tocar ante conos huecos que en los salones de baile, que en los teatros, que en los kioscos de alguna plaza? ¿Cuánto confiaron los ingenieros de la Columbia en que las sutilezas del arreglo se escucharían frente a esos conos que, cada vez más, parecían rústicos porque faltaban todavía unos cinco años para que fuera viable la grabación eléctrica mediante los primeros micrófonos? ¿Quién podía imaginar entre los músicos de la banda, entre los ingenieros, entre los agentes vendedores de discos de 78 revoluciones por minuto –más o menos revoluciones–, si esta tecnología de platos de laca con un largo surco enrollado y rozable por un alfiler sería duradera o si un día pasaría a la historia como ya estaban pasando los cilindros de Edison en los días en que se grababa *Cielito lindo*?

¿Cuánto pesaba un éxito de la escena mexicana en los gramófonos de Nueva York al término de los años combativos de la Revolución? O bien, ¿cuánto confiaban los empresarios de la disquera Victor en que contaban con un público consumidor cautivo en México como para producir, desde Estados Unidos, la música que esos sus vecinos iban a comprar, a escuchar, a disfrutar, a repetir, a conservar y heredar? ¿Qué imágenes llenaban la mente de Eduardo Vigil y Robles aquel primero de septiembre de 1921 en que se puso a grabar una de sus composiciones más celebradas y reconocidas, verdadera tonada de moda entonces: *Pompas*? ¿Cómo vinculaba el hijo del ilustre historiador y director de la Biblioteca Nacional sus labores de director artístico de la Victor para el mercado hispanoamericano con sus actividades de músico del taquillero teatro de revista, precisamente el lugar desde el cual María Conesa había logrado que miles repi-